



LA EDUCACION DEL SENTIMIENTO.

Á LA SEÑORITA DOÑA CECILIA ARIZTI Y SOBRINO.

Eres niña todavía; pero tu alma de artista exalta tu inteligencia y sublima tu corazón, permitiéndote adivinar las grandes ideas y comprender los sentimientos más generosos. Por eso mismo, y ya que del sentimiento trato en el siguiente artículo, te lo dedica, en testimonio de cordial afecto de familia tu apasionado

JUAN CANCIO MENA.

No queremos filosofar, porque los procedimientos filosóficos no sirven para la propaganda popular. Y esa propaganda es el arma poderosa de las doctrinas para universalizarse é imponerse á las conciencias. Pero la época que atravesamos, época de pasiones y de escepticismo, reclama mas imperiosamente el análisis severo, la crítica imparcial y el exámen claro y profundo de las grandes cuestiones.

Por eso filosofamos y discutimos. Por eso en vez de enseñar deleitando, preferimos muchas veces enseñar discutiendo, enseñar meditando, enseñar descubriendo las relaciones de los efectos con las causas que los producen.

Pero no nos detengamos demasiado en consideraciones metafísicas, y concretémonos al problema que hemos formulado en el epígrafe; disertemos sobre la educación del sentimiento.

Hay en la vida del hombre un hecho que le embarga, que le absorbe, que le preocupa y le sojuzga: ese hecho es el sentimiento.

La inteligencia le eleva sobre todo lo creado, la inteligencia le enorgullece, la inteligencia le imprime el sello supremo de la dignidad y le hace vislumbra sus ulteriores destinos; pero todos los hechos de la inteligencia palidecen y aparecen sombríos é incoloros ante los hechos del corazón.

El corazón se pronuncia fatal é irresistiblemente desde los primeros albores de la vida; el corazón arrastra al individuo hácia sus semejantes; el corazón es la gran fuerza molecular que une á todos los seres humanos convirtiéndolos en una gran familia.

¡El corazón! No puede escucharse esta palabra mágica sin que el espíritu

se sienta conmovido; porque la palabra corazon despierta los afectos mas sublimes y recuerda los hechos mas gloriosos.

El corazon es superior al mundo, es superior á todos los placeres, es superior á la vida.

Cuando amamos como hijos, como amantes, como esposos, como padres, y bajo todas las manifestaciones del amor, nos levantamos sobre el nivel de todos los hechos vulgares de nuestra existencia, nos engrandecemos, nos sublimamos; y el universo entero nos parece menguado para ese goce inefable que experimentamos en el fondo de nuestro corazon.

Y ese sentimiento que tanto nos levanta y nos dignifica, no es un producto inmediato de nuestra naturaleza sensible; no es un hecho material como las sensaciones; no es un fenómeno ordinario y vulgar que en todos se opere con la misma fuerza y energía, sino que por el contrario, recorre una escala de puntos infinitos, segun las condiciones particulares de los individuos, segun su temperamento, segun su carácter, segun sus costumbres, segun sus tendencias, y en fin, segun su educacion.

El que desde la infancia cultive solamente la sensibilidad orgánica, ó sea la de las sensaciones materiales, y prescinda de la sensibilidad anémica, ó sea del sentimiento, no se elevará sobre sí mismo, no se levantará en alas de un entusiasmo generoso, no se sobrenaturalizará sacrificando su individuo en aras de otro individuo y en bien de la humanidad.

Pero si oye constantemente palabras de simpatía, frases de afecto y narraciones heroicas, empezará á percibir una

inclinacion al amor, seguirá por presentir el amor, y concluirá por sentirlo de un modo pronunciado y vehemente.

Hé aquí un medio eficaz para la educacion del sentimiento.

La experiencia acredita esa verdad tan fecunda y positiva.

Compárense dos jóvenes de iguales condiciones físicas y hasta intelectuales, pero que hayan recibido una educacion muy distinta, porque mientras el uno ha vivido bajo la influencia de personas ignorantes y de costumbres materiales, el otro ha crecido bajo la direccion de personas ilustradas y de afectos purísimos. Ved al uno permaneciendo indiferente ante un suceso que hiera la honra ó la reputacion de un hombre digno, ó que lastime algun interés sagrado, ó que comprometa la vida de un semejante. Ved al otro encenderse en indignacion profunda, vedle levantarse irresistiblemente, vedle olvidarse de sí mismo y hasta de su familia para defender una causa santa, vedle despreciando su propia existencia por satisfacer los nobles impulsos de su corazon.

¿Y qué causas son las que producen unos y otros efectos?

¿Cuál es el móvil de esa repugnante indiferencia y vergonzosa impasibilidad?

¿Cuál es el que produce ese espontáneo é inmarcesible heroismo que tanto ennoblece al individuo y dignifica á la humanidad?

La causa es clara, es ostensible y evidente: la educacion.

Pero, ¿es trascendental la educacion del sentimiento?

Sin dudarlo: la educacion del sentimiento es una de las grandes causas de la felicidad humana.

Mientras el espíritu se agite egoísta y rebelde dentro de nosotros; mientras la abnegación no nos estimule; mientras el desprendimiento no nos mueva; mientras queramos imponer con absoluto imperio nuestros impulsos y nuestros caprichos, no, no es posible que haya paz ni concierto en el mundo. Pero desde el instante en que nos complacemos en complacer, desde que en el goce ajeno encontramos inefable goce, desde que sentimos á través del sentimiento de otro, empieza á realizarse la armonía de los corazones, que es la armonía precursora de la ventura universal.

Todos los quebrantos de la vida; todas las amarguras del alma; todos los dolores del corazón, son, es verdad, más exaltados y vehementes á medida que el sentimiento se levanta y acrisola, pero esos pesares profundos encuentran un gran lenitivo en la reciprocidad, en el interés que inspiran, en las simpatías que despiertan y en la caridad que provocan.

Además, el sentimiento depurado y engrandecido por la educación es sólida garantía de virtudes y escudo diamantino del honor.

Por otra parte, el sentimiento sobreponiéndose á las tendencias egoístas que le bastardean, predispone el alma para acoger con ferviente entusiasmo las ideas religiosas y para atemperarse á los principios y observar las reglas que entraña y prescribe el catolicismo, porque es ley del sentimiento, la aspiración á perpetuarse, traspasando los límites del espacio y del tiempo; es decir, que se relaciona con la idea de la eternidad. Véase, pues, la gran trascendencia de la educación del sentimiento.

Podrá haber personas profanas á las ciencias y de inteligencia humilde, que merced á la educación del sentimiento sean más útiles á la humanidad que los sábios más orgullosos y soberbios con sus arrogantes elucubraciones, si en sus doctrinas no predicán verdades y en su conducta no practican virtudes.

Y para la educación del sentimiento están preparados todos los corazones, y son competentes todos los maestros de recto criterio y de generosa voluntad.

El niño á quien se le haga observar el sufrimiento y el dolor que experimentan sus padres por sus dolencias, las penas que le aquejan por sus extravíos, y la aflicción que les acongoja por sus desgracias, no podrá menos de sentir el dolor de sus padres, no podrá menos de procurar calmarlo, no podrá menos de hacer cuanto de su voluntad dependa para devolverles la tranquilidad perdida; es decir, que merced á la educación del sentimiento, se redimirá por el arrepentimiento y la enmienda.

Si el niño sorprende una lágrima en los ojos de su madre, si adivina el amor inmenso que le profesa y se convence de que sus padres viven de la vida y sienten con el corazón de sus hijos, una fuerza irresistible le inclinará hacia el bien, porque comprenderá que solo con el bien puede hacer la felicidad de su familia.

Que no vean jamás los niños, ni aun aparentemente, rudeza ni espíritu exclusivo de contrariedad en las advertencias y amonestaciones que se les hagan, porque, por la ley de las compensaciones, procurarán sustraerse de quien les reconviene, y tendrán la deplorable complacencia de observar una

conducta opuesta á la que se les aconseja.

Que vean siempre el amor, que vean siempre el deseo de su bien, que vean siempre una solicitud constante y una tutela tiernísima, y es seguro que no se enconará su corazon, y que sus ideas se ennoblecerán y que sus sentimientos serán purísimos.

Y el que en el seno de la familia empieza á amar con entusiasmo ardiente, el que desde niño se acostumbra á ver en su prójimo un hermano, el que antes de despertarse para el mundo de la inteligencia vive ya en el mundo del corazon honrado y generoso, es indudable que prestará aliento y energía á sus ideas, que las robustecerá y las dirigirá rectamente.

Porque los sentimientos y las ideas se enlazan tambien por inefable vínculo, y es regla general que á ideas extraviadas corresponden sentimientos bastardos y funestos, y á sentimientos bastardos ideas extraviadas.

Y si es difícil rectificar las ideas extraviadas, más difícil es todavía templar los sentimientos enconados.

Por eso mismo importa muchísimo á la felicidad del individuo y á la dicha de la sociedad, el que desde que el cariño empieza á descubrir sus sentimientos, encuentre una enseñanza sabia y discreta que los encauce prudentemente.

Y esa enseñanza no es difícil, porque su mentor mas competente es el amor, pero no el amor obcecado y ciego, sino el amor que ve, que piensa y reflexiona, y que antes que la vida de la persona amada, quiere sus virtudes, quiere su bien, quiere su felicidad verdadera; porque la vida del vicio, la vida del mal, la vida de las pasiones y de la indiferencia religiosa, de esa indiferencia funesta que tanto degrada á la humanidad, materializándola y empequeñeciéndola, desviándola y apartándola de sus destinos eternos; esa vida es el veneno del espíritu, el martirio del alma y la muerte del corazon amante; y contra esa vida conspira y conspirará siempre la educacion del sentimiento.

JUAN CANCIO MENA.





LA MADRE.

Si la mujer no tuviera
mil y mil títulos grandes
para aspirar en el mundo
á su dictado de ángel,
uno solo le bastara
que no puede negar nadie;
y este es sin duda, el sublime,
el santo nombre de *madre*.
Al oír esta palabra,
el corazón que no late,
no es corazón, es entraña
por donde pasa la sangre,
para que siga viviendo,
desdichado y miserable,
un ser á quien falta todo
aunque en la abundancia nade.
Con razón puede decirse
que la historia de las madres,
la resume y la compendia
una palabra admirable:
sacrificio!... Desde el propio
momento en que el hombre nace,
comienza ella sin descanso
por él á sacrificarse.
No hay peligro que la arredre

si cuando lo arrostra sabe
que lo aparta de su hijo
cuando sobre sí lo llame.
Goza con sus alegrías,
padece con sus pesares,
y llora sus desengaños,
y su esperanza comparte.
Ni siquiera un pensamiento
hay que al hijo no consagre,
y aun así no piensa nunca
que prueba su amor bastante.
Y ¿qué se promete en cambio
de tan continuos afanes?
Morir, cuando el hijo puede
comprender amor tan grande,
y cuando con otro igual
acaso puede pagarle.
Por eso todos los hombres,
que no quieren ser infames,
exclaman continuamente
con voz que del alma sale:
¡Bendito mil veces sea
el santo nombre de *madre!*

E. ZAMORA Y CABALLERO.



SABER LEER.

Niños, saber leer es la base principal de la educacion y de la felicidad. El pobre que no sabe leer no puede aspirar mas que á vivir del trabajo de sus manos, honrado y honroso trabajo en verdad; pero aún en ese trabajo material hallará mayores medios de adelanto y de bienestar el que sepa leer. Por mucho despejo natural que tenga un hombre, si no sabe leer, será siempre un ignorante, que no podrá saber de Historia y de Geografía y de otros muchos conocimientos útiles, más que lo que oiga. El que no sabe leer está mejor dispuesto para el vicio que el que sabe, porque para el que no sabe leer la ociosidad es muy peligrosa, y además tampoco podrá conocer los altos hechos de virtud, los grandes ejemplos de abnegacion que refieren los libros y cuya lectura podria servirle de gran estímulo para el bien.

La mayoría de los criminales, que pasan los mejores años de su azarosa vida en las cárceles y los presidios, no saben leer; entre los miserables y haraposos mendigos que viven humillándose á pedir una limosna, los más no saben leer; de manera que bien puede decirse que el que no sabe leer tiene mucho adelantado en el triste camino del vicio ó de la miseria.

Niños, dad muchas gracias á vuestros padres que os han enseñado á leer; ya comprendereis, andando el tiempo, el inmenso favor que os han hecho, y lo ingratos y lo injustos que érais con ellos cuando os enojaba la insistencia con que un dia y otro dia os tenian las horas muertas descifrando en ese precioso libro que se llama el *Silabario* las letras, que luego os habian de proporcionar sabiduría, bienestar y consideracion en la sociedad.

LA ESTRELLA DEL POTRO.

FÁBULA.

Mi señor bisabuelo, que Dios haya,
 tuvo una yegua baya:
 parió un potro la yegua, lo más lindo
 que en las yeguas por entonces vistas
 pudieron admirar los caballistas.
 El albeitar Galindo
 muchas veces le dijo al bisabuelo:
 —Crea usted que me duelo
 de ver ese animal, que dignamente
 la maravilla fuera de los potros,
 á no ser de un color todo su pelo,—
 —¿Qué le hacemos nosotros?—
 mi bisabuelo al mariscal decia.
 Y el insigne Galindo respondia:
 —¿Quien duda que se puede con destreza
 mejorar lo que obró naturaleza?
 Necesita el bayuelo solamente
 una estrella en la frente,
 rabilarguita, blanca por supuesto;
 y yo se la he de hacer, si usted consiente.
 —Quisiera consentir, sino que en esto
 un reparillo siempre se me atranca;
 y es que no entiendo yo cómo se hace
 la tal estrella blanca.
 —Usted entendera perfectamente,
 que á todo satisface
 la razonada explicacion del cómo,
 fundado en experiencia muy sencilla.
 La albarda, ó bien la silla,
 á las cabalgaduras
 tal vez les roza el lomo;
 crían pelo despues las mataduras;
 y un hombre como usted, veraz y franco,
 no negará que el pelo sale blanco.
 —¿Cómo negará lo que todos vemos?
 La operacion permito.
 —Se reduce á que al potro le rasguemos
 de testuz á narices un poquito.
 Le atan de piés y manos y cabeza,
 se le esquila la frente y se le rapa;

y asiendo un asperon de toско grano,
 como de piel de zapa,
 el buen Galindo empieza
 á estregar y estregar con dura mano
 al pobre caballejo,
 de la frente rayendole el pellejo,
 sin que su celo el docto satisfaga
 hasta que de frotar vió que produjo
 grande y sangrienta llaga.
 La emplastó diligente;
 y el amo y el albeitar esperaron,
 cada cual impaciente,
 que en la faz asomara del herido
 la estrella del color apetecido.
 Mas, por fatal influjo
 de superior estrella, bien distinta
 de las que hacen Galindos mariscales,
 los pelos que en la frente le brotaron
 al hermoso animal salieron tales,
 que toda le afearon
 su buena traza y pinta,
 desiguales, cerdosos, poco espesos,
 unos ensortijados, otros tiesos,
 y negros además como la tinta:
 de modo y de manera,
 que lo que dar al animal debiera
 sello de perfeccion y distintivo
 de beldad admirable,
 le deslució su merito nativo,
 y en bestia le trocó nada estimable:
 mil escudos valió, faltar de estrella,
 y á dos onzas no más llegó con ella.

*Pedagogo asperon, éste mi cuento, (1)
 de tu enseñanza la dureza aplaque:
 todo escolar, si no, temo que saque
 cerdas en condicion y entendimiento.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(1) Todo en él es verdad, menos el apellidado puesto al albeitar.

FÍSICA Y QUÍMICA.

No sé si os ha sucedido alguna vez notar un hecho que no vacilo en considerar deplorable; este hecho es el de que regularmente la ciencia repugna y dá miedo.

¿Y por qué?... Tienen la culpa de eso los sábios?...

Lo que hay de cierto es que la inteligencia humana, que tan fácilmente aprende y conserva en la memoria infinidad de cosas pueriles ó insignificantes, se rebela ante la más inocente tentativa de vulgarizacion científica. Hay lectores que al ver la palabra *carbón* fruncen el ceño, si leen *hidrógeno* se les abre la boca, y en viendo *oxígeno* ó *azoe* cierran resueltamente el libro para no volver á abrirlo.

Yo mismo, al empezar este artículo, he tenido que valirme del preámbulo contenido en las anteriores líneas para no espantar á mis tiernos lectores. Y sin embargo, ¡qué injusticia! La ciencia ¿no es una coleccion de historias maravillosas, cuya principal cualidad es la de ser verdaderas? ¿Qué cuentos de hadas, qué narraciones fantásticas, qué seductoras mitologías valen tanto, tienen tanto interés y tanta utilidad como los sublimes descubrimientos de la ciencia?

Dejadme, pues, hijos míos, que os hable de la ciencia, y si á pesar de todos mis esfuerzos, me colocais en la triste categoría de los autores empalagosos, acusadme á mí solo; pero no acuseis á la ciencia.

Hay en la naturaleza... ¿Cómo os diré esto?... Hay en la naturaleza un ser invisible, un fluido aeriforme, un gas... ¡Mal principio!

Decidme, ¿os habeis acercado alguna vez á un calentador ó brasero donde ardiera carbón?... Seguramente que sí. Entonces habreis sentido aquellas emanaciones desagradables, aquel aire caliente que se os introduce en la garganta, y que parece llenaros la nariz de un polvo sofocante. Pues bien, retroceded y no aspireis aquellas emanaciones, porque poquito á poco os asfixiarían.

Esa es una de las malas costumbres del carbón. Ese aire envenenado se llama *gas carbónico* ó *ácido carbónico*, é invisible é impalpable, se oculta en todas partes, y se exhala, sin ruido y sin olor, asfixiando á todo hombre ó á todo animal que por casualidad ó por deber se encuentran á su alcance. Silenciosamente se escapa de las hendiduras del terreno, como en la gruta del Perro, cerca de Nápoles y en el valle de la Muerte, en Java; ruge en la boca incandescente de los altos hornos; truena como estrepitosa artillería en el cráter de los volcanes... y tambien se exhala de los rosados y entreabiertos labios del niño que duerme y respira dulcemente, tan dulcemente, que muchas veces se inclina sobre él la madre inquieta para convencerse de que respira.

Está en todas partes; desde el fondo de los pozos, de las minas, de las alcantarillas, de las cubas de vino, del seno de los montones de yeso, de cal ó de mármol; de las conchas de la playa, del coral, de la madera, de la yerba que se descompone, del cadáver que se pudre, se eleva ese gas eterno é inagotable. La combustion es la que parti-

cularmente lo produce. Quemad una materia animal ó vegetal cualquiera, y se desprenderá de ella ácido carbónico, exactamente lo mismo que se desprende de un fragmento de mármol ó de piedra de cal sobre el que se hayan vertido algunas gotas de un ácido cualquiera.

Los antiguos físicos, viendo que se desprendía de todo linaje de cuerpos, le dieron diversos nombres. Llamáronle *espíritu de los bosques*, ó *espíritu salvaje*, *aire fijo*, *gas silvestre*, ó gas simplemente. Hoy, ya lo hemos dicho, ese gas es el *ácido carbónico*. ¿Por qué carbónico? Porque se compone esencialmente de carbon. Leed, niños, este nombre con respeto, porque es uno de los elementos más fecundos de la naturaleza, una de las bases de la materia universal.

El *carbon*, cuyo nombre científico es *carbono*, es uno de los cuatro personajes cuya insidiosa presentacion me propongo haceros en este artículo. El *carbono*, cuerpo simple, que constituye casi en totalidad el carbon negro, y que en su estado de pureza no es ni más ni menos que el diamante, es uno de los fundamentos de la creacion. Es el elemento esencial de todas las materias vegetales y animales, al mismo tiempo que figura en gran número de cuerpos minerales. Sin sabor ni olor, infundible al fuego más violento, se disfraza de mil maneras; pero se oculta en todas partes en la naturaleza. Ya sabemos esto, porque hemos visto tantos objetos diversos exhalar el ácido carbónico, que es uno de sus innumerables compuestos.

Pues bien; unid á este primer importante personaje el *hidrógeno*, ó aire inflamable y el más ligero de los gases;

el *oxígeno*, ó aire vital, uno de los más fecundos generadores de la naturaleza entera; el *azoe*, en fin, irrespirable, negativo, y como tal, moderador del terrible y poderoso *oxígeno*, y tendreis los cuatro maravillosos actores, que sobre la escena del universo, representan el gran drama de la vida. Carbono, hidrógeno, oxígeno y azoe, no lo olvideis. Ellos lo producen casi todo en el mundo orgánico, y el hombre, perdido en la contemplacion de este misterio, quizá siente que el vértigo se apodera de su pensamiento, cuando inclinado sobre el borde del abismo, se persuade de que nunca podrá penetrar el fondo.

Hé aquí esas cuatro frases terribles: ¡carbono, hidrógeno, oxígeno y azoe! Os las repito para grabarlas en vuestra memoria. Verdad es que nada hay más fácil que acordarse, si no de esos cuatro elementos, á lo menos de los compuestos generales que constituyen y que todo el mundo conoce.

El carbono es el CARBON.

El oxígeno y el hidrógeno reunidos forman el AGUA.

El oxígeno, el azoe y el hidrógeno combinados forman el AIRE.

El carbon, el agua y el aire; estos nombres son fáciles de conservar en la memoria, y me hareis la justicia de que no os aturdo con términos científicos, y os doy con toda claridad la significacion equivalente.

¡El carbon, el aire y el agua! Hé aquí el banquete universal. No creais que es una metáfora decir banquete. Todo lo que se come, todo lo que se bebe, sin excepcion, es carbon, es agua, es aire. Todo lo que alienta y vive en la naturaleza, mónstruos, animales, hombres y vegetales no se alimentan

mas que de carbono, de hidrógeno, de oxígeno, de azoe.

Volvamos al ácido carbónico, que ahora podemos decir que lo produce la combinacion del carbono y del oxígeno. Figuraos qué enorme cantidad de gas esparce en la atmósfera el suelo cuyas emanaciones deletéreas ya conocemos, y los volcanes, y los hornos de los talleres (1), y la horrible putrefaccion de todos los restos orgánicos. La tierra es un inmenso osario del que sube una eterna nube de exhalaciones pestilenciales. Y no es sola la muerte la que nos rodea de esos miasmas temibles, sino que tambien es la vida la que infecta su propia esfera. ¿Sabeis lo que producen de ácido carbónico las respiraciones de todos los hombres de la tierra durante un solo año? Pues producen unos ciento cincuenta mil millones de metros cúbicos, que representan la combustion (2) de más de ochenta millones de kilogramos de carbon. ¿Os figurais ya la colosal pirámide? Pues bien; esa pirámide es la que, anualmente consumida por la especie humana, es anualmente tambien enviada á la atmósfera, ¡y esto desde hace tantos siglos!... Otra pirámide más colosal todavia es la que trasforma anualmente en ácido carbónico la muchedumbre inmensa de animales que, desde los tiempos geológi-

cos, envenenan nuestra atmósfera de concierto con nosotros.

¿No es horrible todo esto? Porque no ignorais que el ácido carbónico es un gas mortal, que él es el que en todas partes nos asesina lentamente, en los teatros, en los salones y hasta en nuestra alcoba, cuando no nos asfixia en los talleres, en las minas, en los hornos. El ácido carbónico es nuestro eterno enemigo. Sutil como el aire mismo, nos rodea de una atmósfera funesta donde el animal muere, la luz se apaga y toda vida se detiene, porque toda combustion es imposible. Y hé ahí lo que nos rodea, hé ahí lo que desde hace cientos y millares de siglos, se espesa alrededor de la tierra en una zona de emanaciones viciadas, mefíticas y mas y mas condensadas cada vez. ¿No sentis, hijos mios, que os sofocais en esta atmósfera de gases pestilenciales?

Abramos la ventana, si quereis... ¡Deliciosa sorpresa! ¿De dónde viene esta brisa tan fresca y tan perfumada? ¿Quién habla de emanaciones deletéreas? No se advierten mas que balsámicos perfumes que vienen del jardin, de la pradera, del bosque y de la montaña... ¡Ah! es que allí abajo crece la *planta*, amigo lector, la planta redentora que, yerba, arbusto ó árbol, trabaja incesantemente por nosotros en el saneamiento de la atmósfera. Sin la planta nos encontraríamos en un vasto hogar de la muerte, ó mas bien no podríamos existir, porque hace mucho tiempo los huesos de la última criatura viviente blanquearian en la superficie de la tierra.

Pero la planta vela por nosotros. Gracias á la admirable armonía de las cosas de la naturaleza, el organismo vegetal encuentra su vida en esos mis-

(1) Son centenares de millones de toneladas de carbon los que se consumen anualmente en Europa, y se ha calculado que Inglaterra tiene provision de combustible para más de doscientos años.

(2) El acto de la respiracion es exactamente análogo al de la combustion, en cuanto que el oxígeno del aire, unido, en nuestros pulmones, al carbon que llevan los alimentos (en forma de sangre venosa), se combina con él y produce el ácido carbónico que se echa fuera.

mos elementos que serian nuestra muerte. La planta se nutre de ácido carbónico; cada una de sus células, como veremos despues, absorbe incesantemente alguna partícula que descompone; el carbono se incorpora á sus tegidos, y el oxígeno, ese gas, cuyo poder vivificador conoceis ya, se esparce por la atmósfera; tan bien cumple su mision la planta bienhechora que, á pesar de los torrentes que son lanzados de día y de noche á la atmósfera, desde hace un incalculable número de años, ese gas no figura sino en tan exígua proporcion, que dividiendo una cantidad dada de aire atmosférico en diez mil partes, cinco de estas partes solamente son de ácido carbónico, mientras que el oxígeno y el azoe, constituyen las nueve mil novecientas noventa y cinco partes restantes.

No tengais miedo, niños. Nuestro almacén de aire respirable está tan ricamente provisto, que se necesitarian miles y miles de años para que la respiracion de todos los hombres y todos los animales vivos modificase de una manera sensible la composicion normal del aire atmosférico; á pesar de insignificantes variaciones locales ó temporales, el equilibrio existe constantemente. Lo que los animales arrojan á la atmósfera las plantas lo recojen y lo absorben.

Así se llena y se cierra el círculo misterioso de la vida; porque no es solamente sobre el cambio de los elementos atmosféricos, sobre el que reposa la fecunda solidaridad de dos reinos superiores. Los vegetales no se contentan con ofrecernos aire respirable; van mas lejos y hacen mucho mas, puesto que nos alimentan de una manera exclusiva. Ellos son los que por medio de

trasformaciones singulares cuyo secreto ellos solos poseen, nos preparan, nos acomodan literalmente en innumerables comestibles ese alimento extraño, ese carbono universal esparcido en la naturaleza y ante el cual nos veríamos horriblemente contrariados si se nos presentase en su primitiva forma.

Porque no lo olvideis, de carbono, de aire, y de agua, y no de otra cosa, se alimentan todos los seres que viven sobre la tierra. Solamente que todo depende de la preparacion.

Pues bien, en esa metamorfosis difícil, es en la que sobresale precisamente la planta. Ella toma el carbon al natural. Por los canales de sus raices, por los poros de sus hojas, chupa, destila, absorbe su parte de carbon, de aire y de agua; despues acomoda el conjunto en yerbas, en féculas, en gomas, en aceites, en bebidas diversas.

En el reino vegetal reside el inmenso y fecundo laboratorio de todas las vidas orgánicas. Allí se forman, á espensas de la atmósfera todos los elementos primordiales de la nutricion: De los vegetales esas materias pasan á los animales hervíboros que destruyen una parte y acumulan el resto en sus tegidos; de los animales hervíboros pasan á los animales carnívoros que, á su vez, destruyen y conservan, segun sus necesidades.

Dios, hijos míos, el autor de todo lo creado, ha dispuesto todas las cosas, y El es quien permite que la ciencia descubra algunas de sus maravillosas creaciones, y la ciencia, haciéndolas conocer, enseña á los hombres cuán pequeños, ignorantes y miserables son ante la grandeza y la sabiduría divina.

(Extracto de las obras de Grimard.)





LA CONFESION GENERAL.

(PARÁFRASIS.)

*Yo, pecador, me confieso,
Con voz que del alma brota,
Á Dios Todopoderoso
En quien mi espíritu adora.
Á la Bienaventurada,
De los miseros patrona,*

*La siempre Virgen María,
Madre que mi amor invoca,
Luego al Bienaventurado,
Que ciñe excelsa auréola,
San Miguel Arcángel, fuerte
Que á Luzbel abate y postra.*

Al que tambien los querubes
Bienaventurado nombran,
San Juan el Bautista, nuncio
 De redencion y concordia.
Á los dos Santos Apóstoles,
 Padres de la fé gloriosa,
San Pedro y San Pablo, guardas
 Que la cristiandad custodian.
 Y á más á todos los Santos
 Que de Dios la vista gozan;
Y á vos, Padre, que pequé
Gravemente, en malas horas,
Con el vano pensamiento,
Con necia palabra y obra,
Por mi culpa, que es enorme,
Por mi culpa ignominiosa,
Por mi grandísima culpa
 Que afligido el pecho llora.
 Y por tanto ruego humilde,
 Mientras el dolor me postra,
Á la Bienaventurada
 Reina de misericordia
Siempre Virgen, fiel *María*,

Norte de almas pecadoras;
 Pido al *Bienaventurado*
San Miguel, que blande roja
 Luciente espada de *Arcángel*
 Del infierno vencedora;
 Pido al *Bienaventurado*
 Ángel de humildad heróica
San Juan Bautista, y gimiendo
 Con oracion fervorosa
 Pido á los *Santos Apóstoles*
San Pedro, del mundo antorcha,
Y San Pablo, cuyo acento
 El reino de Dios evoca;
Á todos los Santos, todos
 Los que á Dios miran y loan,
Y á vos, Padre, que rogueis
 Con caridad salvadora
Por mí á Dios nuestro Señor,
 Para que me atienda y oiga;
 Y *Amen* diga, y en su seno,
 Ya perdonado, me acoja.

ANTONIO ARNAO.

EL LOBO PASTOR.

Cierto lobo camastron
 muy astuto y marrullero
 al ver al pastor Sotero
 dormido como un liron,
 le cogió traje y cayado
 é imitando su ademan
 se fué con siniestro plan
 á donde estaba el ganado.
 Las ovejas inocentes
 el engaño no advirtieron
 y trás él todas se fueron
 tan sumisas y obedientes.
 Y hubiéralas devorado
 el lobo si desde el cerro
 no hubiese advertido un perro
 el peligro del ganado.

Llegóse al pastor.—¡Eh, bobo!
 le dijo, aviva y despierta,
 que si yo no estoy alerta
 te come el rebaño el lobo.
 Trás el lobo el pastor vuela...
 la fiera cobarde huyó,
 pero al huir se llevó
 consigo alguna ovejuela.

—
Por tus hijos, padre honrado,
vela con solicitud,
que mil ejemplos se han dado
de haber el vicio tomado
apariencias de virtud.

C. FRONTAURA.



EL LOBO PASTOR.

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Continuacion.)

IX.

LA VUELTA DEL COLEGIAL.

Así fué como penetré el secreto de las penas que atormentaban el corazón de aquella buena señora; sin embargo, sus penas no le impedían cumplir ninguno de los deberes de madre de familia. Viéndola cuidar de los menores detalles para el orden y la economía de su casa, se la hubiera creído la más dichosa de las esposas y las madres.

El día siguiente se presentaron Pepito y Juanita, como de costumbre, á dar su lección. Juanita traía su vestido con un *siete* tremendo.

—Mamá, dijo, Rafaela me ha dicho que este vestido se compone con otro nuevo.

—Pues no será porque sea viejo. Muy poco cuidado debes tener con la ropa cuando ya te has roto el vestido, le respondió su madre con acento más severo que de ordinario.

—¡Toma! como que es una tela muy mala, repuso Juanita con cierto mal humor.

Y para probar, sin duda, que la tela era tan mala como decía, tiró de la falda y aumentó el desgarron.

—Pero hija, ¿que necesidad tenías de hacer mayor el daño?... Por ahora no puedo comprarte un vestido nuevo, y tienes que seguir usando ese mismo; pero mira, hija, para estos casos se han hecho el hilo y las agujas.

Juanita hizo un gesto que traducía elocuentemente su pensamiento sobre

la validez del argumento del hilo y las agujas, y añadió insidiosamente:

—Rafaela dice que no tiene tiempo de coser.

—Dí, hija; ¿y estos diez trabajadores perezosos no tienen tiempo tampoco de coser? le preguntó la madre, cogiéndole las manos. Quien deshace una cosa tiene que volverla á hacer, quien rompe paga.

—Yo no coso un pingo semejante.

—Entonces tendré que coserlo yo, dijo tranquilamente la buena madre.

Juanita fijó sus ojos un momento en los de su madre; acaso vió en ellos algo que parecía una reconvención, porque con acento más sumiso repuso:

—Yo quisiera ser útil y hacer cosas bonitas, pero no me gusta coser remiendos.

—Ni á mí tampoco, Juanita.

Y no se habló más del asunto.

Aquel día no había juego ni lecciones; á todos les preocupaba un fausto acontecimiento. Se esperaba á Jorge, que debía llegar á las cuatro de la tarde. Pepito y su hermana estaban sumamente inquietos, y pusieron todo el día á prueba la paciencia de su pobre madre. En fin, se oyó un gran ruido en la calle, y paró un coche del cual se apeó un adolescente, esbelto y airoso.

—¡Es Jorge! ¡es Jorge! exclamaron al mismo tiempo los dos chicos, y corrieron á la escalera. Su madre les siguió. Pronto volvió llena de alegría, abrazada á su hijo, á quien miraba con ese indefinible y respetable orgullo mater-

nal. Juanita y Pepito se habian apoderado cada uno de un brazo de Jorge, y demostraban de mil maneras su alegría.

No intentaré copiar aquí la conversacion entre la madre y los hijos, frecuentemente interrumpida por demostraciones de alegría, besos dados y recibidos, y caricias capaces de enternecer el corazon mas duro. ¡Dichosa raza humana, á la que Dios Todopoderoso ha reservado el inmenso placer de sentir tan inefables emociones! Cuando Jorge habia ya hablado bastante con su madre, los dos niños se apoderaron de su hermano, y Juanita le dijo:

—Ahora nos vás á enseñar tu premio.

—Bueno, os lo enseñaré.

—¡Ay! ¡es un libro!

Juanita lo hojeó, y dejándolo luego, exclamó:

—Pero, ¿qué libro es este? No hablas mas que de metales y de minerales. ¡Vaya una cosa divertida! ¿Quién lee eso?

—Yo, dijo Jorge, he leído algunas páginas en el camino, y no le encuentro tan indiferente como á tí te parece. Trata de cosas que me han parecido muy interesantes y nuevas. Y sino, vamos á ver, ¿habeis oido vosotros hablar alguna vez de cucharas que, metidas en té caliente, se derriten como azúcar?

Pepito abrió unos ojazos tremendos.

—¿Y quién las compra?... Cuando yo sea grande, no iré á comprar esas cucharas á buen seguro, dijo Juanita.

—Ni yo, añadió Jorge, ni nadie; pero ¿no os parece curioso saber que los sábios pueden hacer semejantes maravillas?

—¿Y con qué? preguntó Pepito.

—Con plomo, estaño y bismuto.

—Bismuto. ¿Son unos polvos? ..

—Sí, pero antes de hacerlo polvo es un metal blanco, amarillo y rojo, del cual se sirven los boticarios, y tambien lo emplean los plomeros en las soldaduras. Ya veis que este libro es muy bueno, porque enseña muchas cosas nuevas. ¿Sabíais, por ejemplo, que hay una especie de vino que se hace con acero? ¿Y sabeis lo que es la azúcar de plomo?

—No, dijo Juanita, pensando, sin duda, que seria algun dulce muy exquisito. ¿Es buena?... ¿Me comprarás?

—Puede que te arrepintieras pronto, porque es un metal disuelto en espíritu de vino, que constituye un peligroso veneno.

—Entonces es mejor la azúcar piedra.

—¡Toma! exclamó Pepito; yo creia que el plomo no servia mas que para hacer canalores.

—¡Oh! en mi libro aprenderias para hacer lo que sirve; por ejemplo, para hacer letras de imprenta, para clarificar el cristal, y entra como un poderoso auxiliar en el vidriado, en la porcelana, y en una infinidad de cosas. ¿A que no sabeis tampoco que mezclando dos ó más metales se hace otro metal?... El bronce, por ejemplo, se obtiene mezclando cobre, zinc y estaño. Mirad, esos bonitos triángulos que sirven para colgar las cortinas son de bronce.

—Parecen de oro, dijo Juanita.

—Dí, Jorge, ¿y qué mezcla hay que hacer para que produzca oro?

—¿Para hacer oro?... Eso no lo sabemos el libro ni yo. Los sábios han buscado durante muchos siglos la manera de penetrar ese gran secreto que antes se llamaba la piedra filosofal. Muchos

hornos, crisoles y alambiques se han empleado procurando en vano hallar la realizacion de esa quimera, y muchos hombres han dado al traste en esa estéril tarea con su fortuna ó con su razon.

—¿Con que es imposible?

—Seguramente; pero algunos, empeñados en esa temeraria empresa, han encontrado lo que no buscaban. Hace cien años, por ejemplo, un alquimista sajón buscando la manera de hacer oro, encontró la porcelana de Sajonia, y enriqueció á su país mas que si hubiera descubierto una mina de oro verdadero. El mismo Newton... pero veo que se os empieza á abrir la boca y que no os divierte mucho la conversacion. Con que lo mejor será que vayamos á dar una vuelta por el jardín.

Y así lo hicieron los tres hermanos.

X.

JORGE.

—¿Y tú no estudias mientras hay vacaciones? dijo otro día Juanita á su hermano, al mismo tiempo que llevaba de muy mala gana el libro á su madre para que le tomase la leccion.

—Eso depende de mamá, respondió Jorge, yo haré lo que mamá quiera.

—Hijo mio, me parece que no hay ningun mal en que tengas algunos dias de reposo.

—Pues bien, añadió Jorge, para no estar sin hacer nada, lo que haré será dar algunas lecciones á Pepito.

—Temo que no tengas paciencia para tanto, porque no creas que es cosa fácil enseñar á Pepito.

—Probaré de todos modos, repuso Jorge, y en la mirada que el buen hijo dirigió á su madre, se leía claramente su pensamiento que era el de evitar á su madre aquella fatiga.

Jorge comenzó su oficio de preceptor con las mejores disposiciones y Pepito, por su parte, parecia encantado de su maestro, que tuvo la fortuna de ser el primero en enseñarle que 2 y 2 son 4 y 3 y 3 son 6. Pero en la lectura, Pepito tenia distracciones deplorables, y siempre que le señalaban la palabra *birlocho* leía *bizcocho*, y cuando debia leer *jarrón* leía *jamon*. Pero Jorge tenia en cuenta que era su hermano un niño, y siempre esperaba que si una vez no sabia la leccion la sabia otro día. Bastante tenia que hacer la madre con Juanita que no la dejaba en paz un momento, y en medio de los cuidados que le daban sus hijos, bien se advertia en la buena señora lo que le preocupaban los apuros de su marido y la respuesta que esperaba de Sevilla.

Despues de dar á Juanita la leccion de lectura, escritura y aritmética, la mamá dejó solos á los tres hermanos, y Juanita, alegre como un pájaro á quien le abren la puerta de la jaula, corrió á abrazar á Jorge.

—Está lloviendo, le dijo, y no saldremos á paseo. Mejor, porque así podremos hablar. A ver, Jorge, ¿estás contento de estar en casa?

—Estaria muy contento si...

—¿Si qué?...

—Si hubiese encontrado á mamá buena y alegre como otras veces.

—¡Ay! ¿está mala?.. dijo con visible emocion la niña. Pues no se queja.

—Es que no se queja porque no quiere que nosotros lo sepamos. Sí, Juanita, mamá está mala y tenemos que cuidarla.

—¡Ay, Dios mio! Díme, Jorge, y ¿qué puedo hacer yo? ¿Quieres que no me acueste en toda la noche y esté cuidándola?

—Mucho me alegro de oírte decir eso. No, no hay necesidad de que no te acuestes; pero hay un consuelo que le puedes dar tú, y verás cómo se alivia.

—¡Ay, dímelo, dímelo!

—Las lecciones que te dá la fatigan.

—Mira, pues si no es más que eso, ya ves tú, no volveré á decirle que me tome la lección, no creas que me costará ningún trabajo.

—No es eso, porque las lecciones que te dá mamá te son necesarias, y nadie te las puede dar mejor que mamá. Pero me parece que si tú quisieras, podrías evitarle la mitad del trabajo.

—¿Cómo?...

—Mira, ya sabes tú lo que yo te quiero, y que no quiero causarte ninguna pena; pero tengo que decirte una cosa.

—A ver, á ver.

—Ahora poco, cuando mamá te explicaba tantas veces lo que te habrá explicado ya otras muchas, ¿qué hacías tú? Pues no hacías más que mirar volar las moscas, apartar la cortina para mirar lo que pasaba en la calle, y en fin, pensabas en todo menos en lo que te decía mamá, que se fatigaba en vano para hacerte comprender lo que te ha repetido cien veces. Y yo pensaba, viéndote, que mamá es demasiado buena y tú abusas de su bondad; pero no harías eso si estuvieras delante de una maestra severa, que te diese un pellizco á la menor distracción, y que te mirase con enojo á través de unos anteojos verdes...

—¡Ay! no me digas eso, exclamó Juanita; y se echó á llorar.

Jorge la abrazó, le limpió los ojos llenos de lágrimas, y cuando la hubo consolado, continuó:

—Te hablo así, porque sé yo que tú

quieres mucho á mamá, y que sin querer, la entristeces y fatigas. Porque si tú haces eso con mamá es como si... Mira, continuó, es una comparación, suponte que estuvieses estropeada, baldada, como esos pobres niños que no pueden correr ni andar siquiera, porque no tienen fuerzas, porque se caen si se les deja. Mi deber en ese caso sería llevarte en brazos á un cochecito y darte unas vueltas por el jardín.

—No pesaría yo mucho.

—Sí, pero suponte que mientras yo tiraba del cochecito ibas tú agarrándote á las ramas de los árboles, á la verja, á todo lo que pudieras.

Juanita, aunque estaba muy compungida, tuvo que sonreírse.

—Ya lo creo, dijo, que sería para ti un gran trabajo tener que tirar del cochecito; pero si tú eras tan bueno que me paseabas así por el jardín, no había de ir yo á darte más trabajo haciendo eso que dices.

—Entonces, gran picarona, añadió Jorge abrazando á su hermana, ¿por qué le das á mamá mucho más trabajo del que debiera tener para darte las lecciones? La ignorancia, Juanita, es la enfermedad natural de todos los niños. Pues bien; quien te dá lecciones, quien te enseña lo que ignoras, quien procura que hagas progresos en el estudio, te hace el mismo gran favor que hace al niño raquítico é impedido la mano caritativa que le sostiene, que le conduce. Y cuando te resistes á aprender; cuando no ayudas con tus esfuerzos los de tu mamá; cuando no pones atención en lo que te dice, y la empleas en objetos fútiles é indiferentes, imitas la conducta del niño raquítico de carácter rebelde que hace mucho más penoso el trabajo de quien le cuida. Se

rias una ingrata, sino fueras una aturdida, que no hace cosas malas por mala índole, pero que pudiendo hacer cosas buenas no las hace tampoco. Por eso yo, que soy tu hermano mayor, que ya pronto voy á tener bigote, y por consiguiente estoy obligado á tener más juicio que tú, quiero decirte el medio que tienes para hacer feliz á mamá y evitar que su salud se altere. Basta con hacer tres cosas, nada más que tres, y tan fáciles, que te vas á asombrar de no haberlas hecho ya sin que yo te las dijera. La primera es no obligarla á

decirte dos veces una misma cosa; la segunda pensar en su bien y en su tranquilidad antes que en tí misma, y la tercera evitarle en todo lo que puedas el trabajo y la fatiga. Piensa, Juanita, qué felices hemos sido con que Dios nos haya dado tan buena madre, y que debemos amarla porque es nuestra madre, porque es buena, y porque Dios ha dicho al hombre:—«Honra á tu padre y á tu madre.»

Juanita no pudo contener el llanto, y abrazó con efusion á su hermano.

(Se continuará)

Á UN NIÑO.

LA RIQUEZA Y LA GLORIA.



Riqueza.—Hija de la Fortuna
yo guardo sus tesoros,
y á quien me rinde culto
mil dichas proporciono.
Comodidad, placeres,
honores, lujo y oro
dará mi mano pródiga
al que me busque ansioso.

Gloria.— Madre de la desgracia,
de amarguras tan solo
al mortal que me busca
y de desdichas colmo.
Sinsabores, fatigas,
hambre, escasez y ahogos,
el que mis pasos siga
encontrará en su torno.

Riqueza.—Será el que me sirviese
acatado por todos.

Gloria.— De todos despreciado
quien ponga en mí los ojos.

Riqueza.—De rosas y claveles
yo mi camino alfombró.

Gloria.— Mi senda está sembrada

de espinas y de abrojos.

Riqueza.—Yo coronas ofrezco
de diamantes y oro.

Gloria.— Yo con laurel humilde
á mis hijos coronó.

Riqueza.—Para toda la vida
doy deleites y gozo.

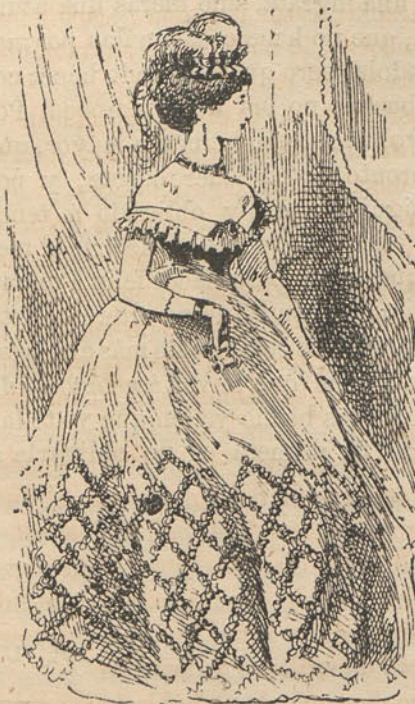
Gloria.— Yo después de la muerte,
doy un nombre famoso.

Poeta.— Los sentidos placeres
con que te brinda el oro,
desprécíelos sin pena,
tu corazón heróico.

Las desdichas que lleva
la amable gloria en torno
acéptalas, Emilio,
resignado y gozoso.

Cuando tu helado cuerpo
vuelva al humilde polvo,
escribirá tu nombre
la historia en letras de oro.

PEDRO DOMINGO MONTES.



Las señoritas Azucena y Fiorina Papilloni.

LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONTINUACION.)

Esta es la historia del pobre maestro de baile, que con lo que ganaba su mujer en la estación del camino de hierro, en su ilustrado comercio, y los emolumentos que le proporcionaban dos hijas que tenía, las señoritas Azucena y Fiorina, que en invierno cosían en blanco, y en verano, prendidas de veinticinco alfileres, solían cantar durante la temporada de baños en el Casino de Biarritz, confiadas siempre en la indulgencia del público, que es poco exigente en verano, y la exígua dotación que la directora del colegio bayonés le tenía asignada desde que le confió la honrosa misión de enseñar los

bailes de sociedad á las educandas, vivía el buen Papilloni lamentando siempre las consecuencias de aquel viaje á América, donde perdió la honra artística y el provecho, que era lo que más sentía.

El pobre hombre tenía una paciencia ejemplar para enseñar el baile á sus traviesas y regocijadas discípulas, que no perdonaban medio ni ocasión de hacerle rabiar y desesperarle, tanto que muchas veces se le oía exclamar con acento conmovido:

—¡Oh, *Dio!* Un artista como yo, juguete de estas *petittes filles!*

El bailarín retirado tenía costumbre

de mezclar frases italianas, españolas y francesas, lo cual hacia sumamente pintoresco su lenguaje.

Rosita era la pesadilla del maestro; cada dia inventaba una nueva diablura para mortificar al pobre hombre.

Un dia le cogió el violin, en un descuido, é introdujo en él media docena de garbanzos, los que, al menor movimiento del violin corrian de un lado á otro, produciendo un efecto extraño, con gran contentamiento de todas las discipulas.

Otra vez le puso en la silla donde solia sentarse á descansar, un alfiler de punta, y cuando el bailarín se sentó se le clavó el alfiler como en un acero, haciéndole dar tal salto, que no lo habria dado igual en sus mejores tiempos de agilidad y destreza.

Otro dia, cuando ya habia terminado la leccion y se despedia, le puso con sin igual habilidad un cartel en la espalda que decia:

Este señor baila que se las pela.

Y el hombre corrió todas las calles de Bayona con su cartel en la espalda, y no hubo un alma caritativa que le advirtiera, hasta que un inglés le detuvo y le dijo:

—Caballero, ¿V. baila?

—He bailado, sí señor; ahora ya no soy ni sombra de lo que fui.

—Pues hombre, ya que anuncia V. que baila, hágame V. el favor de bailar un poco. Tengo un *spleen* atroz, y necesito reirme.

—¡Caballero! yo soy un hombre honrado y formal.

—No lo dudo; pero ya que dice V. que baila, baile V., hombre, baile V., á ver si me rio.

—Pero caballero...

—¡Ah! ya entiendo, es muy justo; tome V. y baile.

Y le ofreció un napoleon.

—Pero caballero, yo no bailo en medio de la calle.

—Entonces, ¿para qué lleva V. ese cartel?

Y le hizo notar la hazaña de Rosita.

Otro dia hizo la traviesa niña una pasta con tinta y polvos de escribir, y luego la introdujo en los dedos de los guantes que Papilloni habia dejado sobre una silla.

El pobre artista llegó á ir con miedo á dar la leccion de baile, porque siempre esperaba que le hiciesen alguna diablura.

Las demás colegialas, á quienes divertia grandemente la travesura de su compañera, se guardaban muy bien de denunciarla; además, la tenían miedo, porque sabian que no se andaba en chiquitas para dar un pellizco ó un alfilerazo á la que le hacia algo que la disgustaba.

La entrada de Rosita en el colegio vino á perturbar las buenas costumbres y el buen orden que hasta entonces habia reinado en la pension; su travesura, su desaplicacion, contagiaron á las demás, y á los hábitos de obediencia, al buen régimen, al silencio, á la fraternidad entre las condiscipulas, sucedieron el desorden, la rebeldía, la holgazanería y las quisquillas y envidias, vicios todos de gran peligro para la infancia, porque una vez adquiridos, difícilmente se abandonan.

La directora, una buena mujer, empleó todos los medios posibles para dominar aquel carácter y evitar los estragos que hacia en aquel monton de niñas confiadas á su cuidado; pero Rosita no tenia respeto alguno á la direc-

tora, y á todas las observaciones que ésta le hacia, solia responder que le diria á su mamá que la maltrataban, para que la llevase á otro colegio. La anciana callaba, y procuraba, empleando la más suave y simpática ternura corregir aquel carácter rebelde por medio del halago y la reflexion; pero todo era en vano; era, como dicen en mi tierra, como lavar la cara al borriquito, que se gasta jabon y tiempo.

Un dia la irreflexion de Rosita estuvo á punto de producir una desgracia. El maestro de baile tenia que pasar para ir á la sala de leccion por un pasillo que tenia poca luz; Rosita aprovechó la circunstancia de haber en aquel pasillo una puerta enfrente de otra, y ató á ambos picaportes una cuerda tirante con ánimo de dar un susto al bailarín, cuando éste entrara tan decidido á dar su leccion.

Efectivamente, Papilloni, muy descuidado, con su violin bajo el brazo, entró por el pasillo adelante, y al llegar á la cuerda, ésta se rompió, y el desventurado profesor cayó, haciéndose una herida horrible en la frente, y no sé cómo no quedó en el sitio el infeliz.

Al golpe acudieron las colegialas y luego la directora, y vieron con horror al pobre maestro tendido en el suelo, bañado en sangre y sin dar señales de vida.

Hé aquí cómo la irreflexion y la imprudencia pueden ocasionar males mayores de los que realmente se quieren hacer.

Levantaron entre la directora y las criadas al maestro, y llevaronle á un lecho, llamando inmediatamente al médico, quien declaró que la herida era grave, no porque fuese caso de muerte

próxima, sino por las consecuencias que podria tener; pues fácilmente podria dar por triste resultado un derrame, ó un reblandecimiento cerebral, y era de temer que el desdichado perdiera la razon.

Rosita no pudo ocultar esta vez su funesta travesura, y no la descubrió nadie, sino que se descubrió ella misma, porque cuando todas las demás, llenas de ansiedad, se acercaban á ver á su maestro y á deplorar su desgracia, ella, con los ojos bajos, el color encendido y la actitud embarazada, decia claramente que era la autora de aquella tristísima gracia.

La directora tuvo que ser severa aquella vez, porque las consecuencias de la imprudente broma de Rosita habian sido tan graves, que no podia dejarla pasar sin correctivo.

Cogióla, y aunque la niña lloraba y pateaba, la llevó á encerrar en un cuarto tenebroso, que habia servido de almacén de carbon, y que no tenia muchas comodidades que digamos.

—¡No lo volveré á hacer! gritaba.

—A buen tiempo viene el propósito, contestaba la directora; las cosas malas no se hacen nunca, y así no hay necesidad de prometer no volver á hacerlas.

—No quiero, no quiero, me dá miedo, gritaba Rosita, agarrándose á la puerta del tremendo calabozo y resistiéndose á entrar.

—¡Te dá miedo el castigo y no te ha dado miedo hacer daño, matar acaso á ese pobre hombre, respetable, porque es bueno y es desgraciado!

Todo el dia y toda la noche pasó Rosita en el cuarto oscuro, gimiendo y llorando, y allí á sus solas pudo comprender qué grave habia sido su culpa,

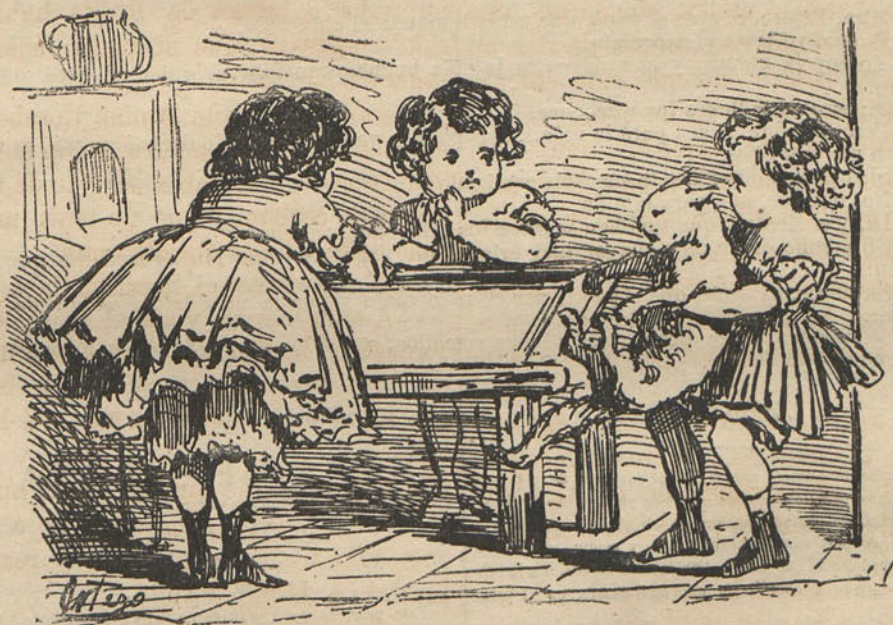
y con cuánta sinrazon hacia burla y escarnio de aquel buen hombre, que era un anciano y un padre de familia tan querido de sus hijas como ella lo era de sus padres.

Afortunadamente, el bailarín, que debía tener una cabeza bastante fuerte, como que no se la habían debilitado el estudio y la reflexion, estuvo fuera de peligro á los tres dias, y salió del paso con una calentura, y quedarle luego unos dolores de cabeza, los primeros que tuvo en su vida, que le apretaban más de lo regular cuando iba á variar el tiempo.

Rosita salió del encierro el dia siguiente, y sometida á un consejo de guerra formado por el capellan del colegio, como presidente, la directora, como fiscal, dos profesoras, como vocales, y una de las niñas mas aplicadas, como secretaria, fué sentenciada por unanimidad á ir dos dias despues, cuando estuviera mejor el paciente, á postrarse de rodillas ante el buen Papilloni y pedirle perdon.

De lo contrario, se pondria el caso en conocimiento de sus papás, y si estos no hacian valer su autoridad, seria expulsada.

(Se continuará.)



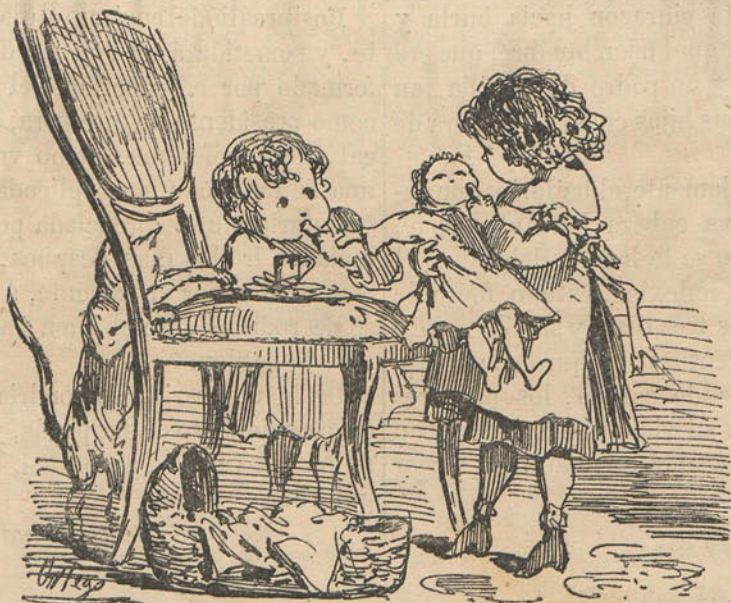
—El perrito es muy bueno, que se deja lavar, porque es muy limpio y muy obediente, como deben ser los niños buenos.

—Ahora vamos á bañar á Barba azul.

—¡Ay! al gato, no, al gato, no, que no quiere.

—¿Qué no quiere?... Pues qué, ¿no hay mas que decir que no quiere? Cuando nos lleva papá á San Sebastian, tampoco yo quiero bañarme, y me coje en brazos aquel hombre tan feo, y me mete en el agua.

Pero como al gato no le convence este ejemplo, araña á Pepito, y pone perdidos de agua á los tres, que luego en castigo de su travesura no comen postre, y desde entonces el gato que antes los queria tanto, en cuanto los vé huye y se esconde, echándoles así en cara su mal proceder.



- Mira, Pepito, tú eres el papá, que estás tomando el chocolate.
 —Bueno, yo tomo el chocolate.
 —Yo soy la mamá, y la muñeca es la niña buena pequeñita, á quien el papá quiere mucho.
 —Sí; pero no te lles los bizcochos.
 —Pero, hombre, si son para la niña... Los padres, ya se lo has oido decir á mamá, se sacrifican por sus hijos.
 —Sí; pero los bizcochos te los estás comiendo tú.
 —No, hombre, son para la niña.
 —Dí, y el Monino, que tambien se come los bizcochos, ¿quién es?
 —El Monino es el niño mayor mal criado que coge las cosas sin aguardar á que se las den.
 —Entonces, es decir, que el papá, por el niño malo y por la niña buena se queda sin comer...
 —Se sacrifica, como dice mamá, y luego sus hijos, si son buenos, se lo pagan á sus papás queriéndoles mucho.

A LOS SUSCRITORES.

El presente número consta de 24 páginas; de esta manera hemos dado en los dos meses de publicación que lleva esta REVISTA 24 páginas más de las ofrecidas, es decir, que en lugar de seis números damos siete y medio, con seis u ocho grabados más que los que hubiéramos dado si nos hubiésemos limitado á cumplir lo que anunciamos en el prospecto.

Con mucho gusto hacemos este obsequio á nuestros suscritores, suplicándoles que lo tomen en consideración para continuar dispensándonos su favor.

El periódico mejorará de día en día; ningún sacrificio dejaremos de hacer para tener contentos á nuestros lectores.

Una súplica tenemos que hacer á los suscritores de provincias, cuyo abono termina en este mes ó en el próximo, que renueven su abono con alguna anticipación, porque así podremos hacer más fácil y ordenadamente las operaciones de administración.

A los suscritores de Madrid se les pasará el recibo á domicilio.

REGALO Á LOS SUSCRITORES.

MAPA DE ESPAÑA

DEDICADO AL PERIÓDICO

LOS NIÑOS,

POR

LOPEZ FABRA.

Este precioso mapa grabado en París, y estampado é iluminado en Barcelona por el acreditado litógrafo Sr. Labielle, se lo regalaremos á todos los suscritores de Los Niños por un año ó por seis meses, y á todos los que terminando su abono en Abril ó Mayo lo renueven antes del 20 del próximo mes de Mayo; con el número de este día se repartirá el mapa á los que les corresponda.

Este precioso mapa, hecho por el señor coronel D. Francisco Lopez Fabra, una de las personas mas ilustradas de España, y que tantos servicios ha prestado al país en la sección geográfica de la dirección general de Correos, es una obra de arte de grandísimo mérito, que agradecerá mucho á nuestros suscritores y les probará cuanto deseamos complacerles y que para lograrlo no reparamos en sacrificio alguno.